

Sofía Carrillo, una apuesta por lo fantástico



Liliana García Rodríguez
l.garcia@ugto.mx

Universidad de Guanajuato

CRÍTICA

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1382-3474>

Resumen

El presente escrito es un diálogo abierto con los cortometrajes dirigidos por Sofía Carrillo. No es un estudio erudito de la obra ni intenta demostrar alguna teoría a través de las imágenes fantásticas. Se propone tan solo anotar la experiencia de la obra, siguiendo el sentido intimista que despliega cada uno de estos cortometrajes. Son ellos quienes señalan la mirada y proponen el camino a recorrer y compartir.

Palabras clave:

cinematografía, fantástico, cine de horror

Abstract

This writing is an open dialogue with the short films directed by Sofía Carrillo. It is not an erudite study of the work nor does it attempt to demonstrate any theory through fantastic images. It is proposed only to write down the experience of the art work, following the intimate sense that each of these short films displays. They are the ones who point out the gaze and propose the path to travel and share.

Keywords:

cinematography, fantastic, horror film

A veces en las tardes una cara
nos mira desde el fondo de un espejo;
el arte debe ser como ese espejo
que nos revela nuestra propia cara
J.L. Borges

El encuentro con una obra de arte es, siempre, un encuentro con una misma. El sentido que despliega el lienzo, la página, el acorde o la pantalla alcanza fibras sensibles que se conmueven porque se reconocen. Cuando algo nos estremece tiene lugar una comunión. La obra de arte, cuando nos habla, lo hace en primera persona, con un lenguaje íntimo y familiar, cercano a la infancia. Acontece, así, un diálogo detenido y sincero que descubre el sentido colectivo de aquello que pensábamos y vivíamos como personalísimo, único. Al reconocernos en el mundo construido por la obra se rompe la soledad y acontece la comunión con los demás. Esto me sucede al encontrarme con los cortometrajes dirigidos por Sofía Carrillo. Cuando se ilumina la pantalla por esos mundos fantásticos, sucede casi una reconciliación con aspectos de la propia vida que resulta inquietante por específica. Y es que lo fantástico no es un escape de la realidad, más bien propone resignificarla o acaso expresarla en términos más precisos.

Para la artista, sin embargo, no ha debido ser fácil volcarse a la creación fantástica. Sofía Carrillo se ha preguntado si su obra más bien debería abordar alguno de los muchos problemas sociales de este país, tal como confiesa en la *master class* que ofrece el 5 de marzo del 2020 durante el Festival Internacional de Cine de Horror, Aurora, en la ciudad de Guanajuato. Pero un diálogo interior y sincero le reafirma que su expresión tiene la forma de lo fantástico, onírico y familiar. Hija de artistas, Sofía recorre su genealogía y recuerda la pintura oscura y expresiva de su madre, quien congela en un lienzo el sentimiento que la abraza mientras, siendo una niña, ve como se llevan a su padre. Esa nostalgia materna, a su vez, abraza a la obra de la directora. Cuando nos encontramos con los cortometrajes dirigidos por Sofía Carrillo, nada sabemos de los detalles y datos que llevaron a la artista a construir *puppets* sin ojos, danzas que son deslizamiento vacilante, personajes objeto que se encuentran en un *secreter*, etc.

Cuando estamos frente a la pantalla entramos en ese mundo configurado con gran profundidad, y lo hacemos con las herramientas propias, nuestra historia de vida, las tristezas que nos abrazan y la fascinación con olor a césped de infancia que encuentra allí un lugar que parecía perdido. Y quizá por ello, quienes gustamos del género, admiramos tanto a las almas que se consagran a lo fantástico, pues ellas nunca renuncian a lo que de niñas les atemorizaba. No dan vuelta a la página y se mantienen fieles a su imaginación, con ella escriben y crean, reviviendo un poco las fantasías que no son acalladas ni desplazadas por el peso de la realidad concreta. Estas almas creativas construyen un mundo de resistencia: el hogar de la ficción, de lo fantástico. Entablar una relación con esas obras es reencontrar la propia historia nutrida y expandida por una comunidad. Acontece allí una ampliación del horizonte, tal como estudia el hermeneuta Hans-Georg Gadamer.

Así, para las personas que no dedicamos nuestra vida a lo fantástico, dichas obras son un regazo donde acicalamos nuestros temores de infancia. Al entrar en contacto con el cine fantástico que nos habla con tanta intimidad, resarcimos un poco el momento en que decidimos dar vuelta a la página y habitar un mundo mayormente concreto. Los cortometrajes de Sofía Carrillo, en particular, están habitados por motivos que evocan la melancolía de una infancia que se desvanece en despedidas. Tal como sucede el día que nos despedimos de aquellas amigas y amigos imaginarios que poblaron nuestra niñez. Esas amistades que son desterradas los días de luz meridiana, cuando alguien del mundo concreto nos dice que habitan solo en nuestra imaginación, o que no existen, o simplemente les ordena que se vayan. Esas compañías entrañables huyen asustadas y se mudan a un pequeño espacio de la memoria, alguna vez son visitadas con extrañeza, muchas preguntas y casi siempre con prisa. Cuando las recordamos, salimos con rapidez de esos rincones de la memoria porque siguen siendo seductores, pero terminan por espantar un poco.

Las almas entregadas a la imaginación y la fantasía, en cambio, conservan a sus amistades más íntimas y construyen un mundo donde pueden vivir sin que nadie las expulse. Seguramente tuvieron un día meridiano que les hizo ver que ese mundo es distinto de este, pero apostaron por aquél. Guillermo del Toro cuenta un recuerdo de infancia que es definitorio para su creación artística.

Tras su multipremiado largometraje *La forma del agua* (*The Shape of Water*, Estados Unidos, 2017), el director regresa a su ciudad natal y ofrece una serie de clases magistrales que podrían entenderse como una invitación a no renunciar a expresar aquello que se quiere decir mediante el cine. Allí recuerda a sus amistades imaginarias de la infancia, rememora la noche en que su vejiga está a punto de reventar, pero no se atreve a cruzar el pasillo para ir al baño porque allí están todos, les teme. Entonces hace un pacto, les promete que, si no lo lastiman, él será su amigo siempre. Todos allí cumplen sus promesas, ellos lo dejan retornar a la cama intacto y desde entonces lo han salvado una y otra vez; él, por su parte, construye mundos fantásticos en donde habitan. Algunas veces nos invita a esos lugares íntimos, solo nos pide un acto de respeto al entrar a la sala de cine: firmar el pacto ficcional. Consagrarse a lo fantástico requiere valentía, abrazar los propios temores, amarlos y mostrarlos como quien desnuda una herida que alguna vez fue vergonzosa.

Guillermo del Toro edifica santuarios como una ofrenda de agradecimiento a los monstruos que lo acompañan y lo salvan de la soledad. A través de ellos, una comunidad entera se congrega para hacerse compañía en la oscuridad de las salas cinematográficas y enriquecer los mundos personales que son más bien un colectivo vital que se expande y renueva en cada visionado. Poco sabemos de las vacilaciones o la genealogía del cineasta, quien ofrece al gran público mundos depuradísimos. El caso de Sofía Carrillo es un poco diferente. Aunque cercano al mundo de Del Toro en el arrojado a lo fantástico, la cineasta recorre con sus cortometrajes cada una de las vacilaciones y dificultades de quien participa de una imaginación imposible de acallar. En sus cortometrajes, atisbamos a las propias dudas, renunciadas, despedidas y a las imágenes de la memoria que parecen revelados de cámaras viejas.

Su ópera prima, *Fuera de control* (México, 2008), abre las pequeñísimas puertas por las que se entra a un mundo que se resiste a la adultez. Los personajes que lo habitan chocan entre sí en la espesura de una atmósfera que entorpece el caminar, hace ininteligibles las palabras y truena como un papel viejo en el que queremos seguir leyendo, a pesar de las grietas y los borrones. Allí, los *puppets* se desliza, van de un lado a otro entre las penumbras, chocan, se alinean, cantan y lloran.

El cortometraje se parece en todo a un pecho inquieto sobre el que no se tiene control, que se agita de frente a una vida que nos empieza a exigir que actuemos con efectividad y nos grita que aún podemos aferrarnos un poco a los juegos de la niñez y a las canciones de ronda, aunque el tiempo las haya ralentizado. *Fuera de control* expresa ese momento, puede ser incluso un instante, en el que nos asusta saber que hemos de hacernos cargo de la propia vida. Un pecho de cuerpo joven que se paraliza un poco frente a la adultez.

Ese mismo sentir se extiende en el segundo cortometraje, *Prita Noire* (México, 2011), pero ahora parece hablar de una herida singular. Allí está cicatrizando la despedida de aquella amiga imaginaria que, de vivir tan cerca, se convirtió en una hermana que nunca creció. La protagonista de este cortometraje es la pequeña Prita, una niña sin brazos que canta cuando siente sed y vive en el interior de una mujer abatida por el mundo exterior que le exige comportamientos de adulta. Esa mujer adulta sufre, como lo indica la referencia al óleo *La columna rota*, de Frida Kalho.



Still. Sofía Carrillo, *Prita Noire* (México, 2011)

El cuerpo roto apenas sostenido por un corsé ortopédico es extraño al mundo circundante y también parece alejarse de su propio mundo interior. Ya no juega ni habla con Prita. Y ella, la pequeña, se aburre de jugar sola; curiosa del mundo exterior, le crecen sus brazos y simplemente se va: no mira atrás. Mientras que la hermana mayor, mujer adulta con el deber ser a cuestas, observa como en cada paso andado por la niña, se ensancha su distancia frente al mundo. Convertirse en una mujer adulta, sin juegos ni escondites, vuelve al mundo extraño, hostil. Y una es siempre torpe en espacios violentos. La pequeña Prita se va dejando todos los rastros, su memoria revolotea en la mente como mariposas que se estrellan contra los cristales. *Prita Noire* es inquietante, toca fibras difíciles de sentir. El desconcierto de ser vista, tratada, sentida como mujer es siempre un arrojo a la soledad y la angustia. Nos recuerda cuando, tras nuestro primer periodo menstrual, nos dijeron que “ya no éramos unas niñas” y la incertidumbre se apoderó de nosotras. ¿Cómo nos despedimos de nuestra niñez así de repente, en un día marcado, además, por la sangre? La filmografía de Sofía Carrillo deja discretamente estas cartas de despedida que escribe a mano, como viajeras de otros tiempos, con las que es posible internarnos en los espacios consagrados a un vasto mundo íntimo cifrado en términos fantásticos.



Still. Sofía Carrillo, *La casa triste* (México, 2013)

La directora, como Guillermo del Toro, también solicita el acto de respeto. Pero, además de firmar el pacto ficcional, debemos entrar con cuidado porque la fragilidad de esos lugares y sus personajes se espanta con facilidad. Al menos los de *Fuera de control* y *Prita Noire*, pues son mundos amenazados con caerse en pedazos, porque hay algo allí con sabor a despedida, a recapitulación.

La casa triste (México, 2013), su tercer largometraje, abandona un poco el mundo de soledad para expresar un abrazo de funeral familiar. Es un cuento autobiográfico sobre la historia de enfermedades de la familia que, al tiempo, narra la historia de la guerra cristera en Los Altos de Jalisco. Los personajes están anclados en su tiempo y guardados en la memoria, como objetos reposando en los cajones de un *secreter* antiguo y casi olvidado: son cajetillas de cerillos, muñequitas de sololoy, fotografías, cartas. La verdad de lo fantástico invade y da vida a cada objeto, desentraña su vida interior. La enfermedad de la que han muerto los integrantes de esa familia tiene el signo de otro siglo, son presas de la enfermedad de la melancolía que toma forma de demencia, guerra, depresión y muerte. En este cortometraje, la realidad de la concreción se mira a través de la misma fragilidad que abraza a la vida interior de la pequeña Prita o de los sentimientos fuera de control oprimiendo el pecho. La tristeza o angustia de la intimidad no se despliega solo en un sentido particular e individual, la melancolía es una pasión compartida, familiar, histórica, respira con dificultad en álbumes familiares y archivos históricos, en documentos como recetas médicas, actas de nacimiento, de matrimonio y de defunción, o en las fotografías de soldados luchando por la cruz.

El grado de intimidad del mundo edificado en los cortometrajes de Sofía Carrillo es tal que exige ser construido con las manos: son pequeños, difíciles de manejar, demandan paciencia. La técnica del *stop motion* obedece al sentido profundo de lo narrado. La pericia de la directora es también una consciencia de que lo dicho es la forma de decir. Construir un universo en una caja de no más de 90 cm., elaborar personajes que se mueven solo si los toca, trabajar al lado de las hermanas, son actividades que se parecen en todo a los juegos de la infancia.

Solo que ahora requiere mucho trabajo escuchar la voz de los personajes, observar sus movimientos. Los cortometrajes dan testimonio de esa vitalidad, su recepción casi siempre está acompañada por una fascinación que nos salva un poco de las reglas impuestas por la objetividad, esa mismas que ponen límites a la imaginación. Los cortometrajes de Sofía Carrillo remiendan la ruptura con la niñez, son como el sastre de su cuarto cortometraje, *El corazón del sastre* (México, 2014), aquél que ella misma define como un oasis emocional que le dio respiro después de *La casa triste*. Pero lo cierto es que aun cuando expresan una profunda melancolía, estos cortometrajes viajan por el mundo zurciendo las roturas por donde se cuele la soledad de las despedidas contenidas, atan hilos de colores entre los públicos minoritarios, los que gustan de lo fantástico, de la animación, de los cortometrajes, del cine hecho por mujeres. Ofrecen historias que viven en objetos olvidados como telas o pianos desafinados y encuentran la perspectiva precisa desde la que se les puede ver con toda su vitalidad. En el encuentro con estos mundos se extiende el horizonte de sentido cifrado en vivencias propias que conectan con la melancolía por un tiempo que se quiere recuperar.

Este mundo cinematográfico que ha zurcido capas como la resistencia a la vida adulta, la partida de las amistades imaginarias y la enfermedad que invade a la familia llega en 2017 a un gran abrazo. La perturbación propia de las experiencias recorridas se afirma en una apuesta por el mundo de lo fantástico. Recapitula con la convicción de que estar en el mundo valdrá la pena siempre que la existencia sea tocada por algo más que la realidad de lo concreto y asuma las hondonadas de la fantasía, despertando ecos en los demás. Hay golpes en la vida que sólo pueden ser afrontados con la compañía de una amistad específica, la amistad de la infancia que conoce nuestro interior como nadie. *Cerulia* (México, 2017) despliega ese momento. Cuenta otra gran despedida, la muerte de los abuelos y, específicamente, el momento en que cerramos para siempre la puerta de la casa en la que crecimos. Entrar por última vez al hogar que albergó juegos de niñez, temores, abrazos de la abuela y tardes con olor a jacarandas, debe ser un momento de gran conciencia.

La muerte de los abuelos es un poco la confirmación de que tendremos que hacernos cargo de nuestra propia historia con las herramientas de la memoria, objetos rescatados como un tesoro de aquellas casas que ya no volveremos a pisar, de narraciones de otras personas. La anécdota del cortometraje es la venta la casa de los abuelos, tras su muerte. Cerulia es la encargada de entregar la llave, cerrar la puerta y ahora ser ella quien se retire.

Pero quién da vuelta a las páginas de su vida sin asideros. Alguien toma la mano de la protagonista al despejar la casa: su antigua amiga de juegos, la otra Cerulia. Una amiga imaginaria de la infancia, con quien le dijeron que ya no jugara, pero no le importó. Abrazar a las amistades imaginarias después de años de no verlas, de recordarlas apenas algunas tardes meditabundas, es un acontecimiento que requiere cierto perfeccionamiento en la técnica. Hace falta vacilar antes, dudar, llorar las tristezas. Así es el cortometraje *Cerulia*, un momento definitorio del *stop motion* de Sofía Carrillo, la directora se mueve tan natural que la vida de los *puppets* parece derramarse un poco por las orillas, sus personajes le exigen explorar nuevas veredas.

Cerulia es el último cortometraje en *stop motion*. En 2018 realiza su primer *live action* con *La bruja del fósforo paseante* y el vasto mundo interior explora otras rutas. Ya no la angustia o la melancolía, se coloca a un lado, como quien escucha con atención historias fantásticas que animan el alma, sobre todo si la historia contiene brujas, peleas de gatos y bolas de fuego. Este cortometraje recupera la memoria ya no de una vida interior o de una familia, sino de toda una comunidad, la de los Altos de Jalisco y sus famosas historias de brujas. La apuesta por lo fantástico es una resistencia, es saber que el mundo no se configura solo de datos concretos, de verdades demostrables. El misterio del mundo se expresa en mitos, leyendas, filmes fantásticos. La bruja del fósforo paseante va en busca de una genealogía específica, la de las mujeres que cuidan de sus hijas, mujeres que hacen daño y son enfrentadas. El cortometraje propone una premisa arriesgada: tomarse con toda seriedad y ternura las historias de brujas. Una premisa que suele fracasar en el cine de terror pues cae constantemente en la sexualización de la mujer y su pacto con el diablo, en la maldad sobrenatural sin que toque la vida, o en la caricaturización de la figura brujo.

La bruja del fósforo paseante se sobrepone a todos esos riesgos y revela un mundo en el que las mujeres llevan un diario en el que anotan los nombres de las personas de las que se quieren vengar (allí también guardan mechones de cabello, trozos de vestidos), mujeres que sienten que el amor erótico les arrebató del pecho a sus hijos, madres que son una memoria que cuida de su hija siempre, incluso y quizá sobre todo, más allá de la muerte.

El cortometraje coloca en el centro al reconocimiento de la dignidad de las brujas, las afirma en gestos cotidianos pero contundentes, como los celos frente a las nueras o la ternura con que una madre zurce el vestido de la hija por las noches y lo deja colgado en un gancho para que no se arrugue. Tampoco se propone romantizar a la figura. Esas brujas son temibles porque envenenan, desatan peleas afuera de los cementerios y observan amenazantes desde los tejados en las noches sin luna. El misterio que envuelve a las figuras maternas no está desprovisto de arrojo y cierta oscuridad; pocas veces atestiguamos historias de madres con tantos claroscuros, son también pocas las ocasiones cinematográficas para ver a brujas convertirse en gatos y bolas de fuego. Las posibilidades de lo fantástico adquieren, en manos de la directora, imágenes que se parecen en todo a imaginaciones de la niñez, esas que nos paralizaban un poco de temor.

La melancolía que la directora rememora a propósito del óleo de su madre se hace manifiesta en este último cortometraje. La familia materna es oriunda de Los Altos de Jalisco, en estas tierras, su madre observa cómo se llevan al abuelo y la melancolía se instaura y se hereda para transformarse, tal como se transforma esta leyenda hasta llegar al cine a través del talento de Sofía Carrillo. Y es que el temor y la vacilación de esta filmografía realiza, en la forma de la expresión artística, una apuesta que alcanza otras soledades que se inquietan frente a la pantalla y que comulgan de este sentido que es abierto y colectivo de tan íntimo. La confianza en la comunión con los demás está presente también en su vocación genealógica pues esta soledad es habitada por danzantes sin ojos, amigas con sed y sin brazos, certificados de matrimonio, sastres, casas como cajas de música, gatos y brujas.

La bruja del fósforo paseante corona los trabajos anteriores porque confirma que lo sobrenatural que parecía estar solo en el pecho de las protagonistas se encuentra en los árboles, tejados de adobes y mechones de cabello. Hace falta abrir los ojos sin miedo por las noches para que esa vastedad fantástica se vuelva a revelar como cuando imaginábamos a los monstruos de la infancia. Esta bruja del último cortometraje pasea hasta Fuera de control y se desliza en el suelo liso con habilidad de escoba.

El primer *live action* de la directora es contundente, parece también derramarse un poco y exigir nuevas exploraciones. Acaso se urde ahora en el pecho de la directora en forma de su primer largometraje. Allí está la semilla que germinará en algo aún insospechado. Sin duda, es uno de los largometrajes más esperados en los festivales de cine de horror, que preparan el momento en que la pantalla vuelva a brillar con ese mundo fantástico.



Still. Sofía Carrillo, *La bruja del fósforo paseante* (México, 2018)